

1888



1898

CENTENARIO  
DE LA MISION  
DEL COLORADO

un medio inhóspito, para llevar a hombres y mujeres endurecidas por la constante brega contra la naturaleza y contra un medio que se les negaba porfiadamente, la luz de la palabra de Dios, acuciados por las enseñanzas de San Pablo, cuando decía: "¡Hay de mí si no evangelizará!..." (31)

Otro homenaje, con ribetes de mayor solemnidad, se llevó a cabo en este mismo lugar al cumplirse el centenario de la Misión del Colorado, cuando el 31 de mayo de 1980 se inauguró el templo de San Juan Bosco, bendecido por el obispo diocesano, monseñor Adolfo R. Arana.

Después del almuerzo y a punto de iniciarse el desfile ante el monumento de don Bosco, la alocución estuvo a cargo del general Julio César Etchegoyen, como caballero de fe y admirador de la Obra Salesiana, enalteció sus méritos en los siguientes términos:

"...Hoy no quise traer un discurso: he querido que mi espíritu tratara de brindar en palabras lo que en estos momentos estoy sintiendo..."

Fue Don Bosco quien vio en una visión el lejano austral del continente americano, crecer poblaciones, levantarse edificios... Esa es la Patagonia, a la que La Pampa tan ligada se halla.

Con la visión de don Bosco, hace cien años llegó el ejército de los Salesianos, que abrió picadas: Orsi, Martinengo, Durando y el Hornero de Dios, Angel Buodo, tan caro a los sentimientos pampeanos...

Don Bosco, es, además, el gran pedagogo del siglo XIX, que halló la forma de llegar al aborigen para instruirlo, sobre todo para educarlo, porque la obra misionera no es solamente llevar la palabra de Dios a través del Evangelio..., sino también la educación".

## CAPITULO TERCERO

### INUNDACION DEL COLORADO: EL PADRE PEDRO SE SALVA INVOCANDO A MARIA AUXILIADORA

**1. Las inundaciones de antaño. — 2. El Carrilauquén. — 3. Urgente mensaje desde Chos Malal. — 4. El padre Pedro, arrollado por las aguas. — 5. Algunos datos del desastre. — 6. Relación del Misionero en FLORES DEL CAMPO.**

1. El Colorado es actualmente un río de oro, en su aprovechamiento de uso múltiple: regulación del río, con la finalidad de obtener el regadío del valle, generación de energía hidroeléctrica, como sucede en 25 de Mayo y se proyecta hacer en Casa de Piedra. En esta villa, de 400 viviendas, la presa tendrá 10.956 metros de longitud.

No sucedía lo mismo antes de la construcción de los diques en los pueblos precitados. Más de una vez pecó por exceso de agua, con inundaciones y cambios de cauce, debidos a las abundantes precipitaciones en la Cordillera. No había barrera que lo atajara. Todo lo atropellaba y derribaba.

Para darse una idea de las crecientes de antaño, basta seguir la escala graduada que existe en Fortín Mercedes. El cero corresponde al nivel del agua. Ahora bien en la inundación de 1899, el agua llegó a 2,43 metros, provocando estragos. Medida que fue superada en 1914, dos meses antes del desbloqueo del Carrilauquén. (32)

2. El padre Pedro nos da noticia de esta laguna formada en plena cordillera, en una relación enviada al padre Domingo Milanesio:

"Probablemente —escribe él—, el desmoronamiento de piedras de dos cerros vecinos dio origen a un tapón sobre el cauce del río Barrancas, que embalsado llegó a formar un lago de veinte kilómetros de largo por diez de ancho y ochenta metros de profundidad".

"Ciertamente un ingeniero inglés había comentado este fenómeno ante el Gobernador del Neuquén; pero el informe quedó archivado. Hasta que una familia de Chos Malal (Neuquén), cuidando unas vacas a los pies del embalse, en un momento dado se dio cuenta de que el agua se filtraba por varios boquetes. Esto sucedía en la segunda quincena de diciembre. Pocos días después volcaba de golpe la inmensa masa líquida, transformándose de la noche a la mañana en una laguna vacía". (33)

3. Cuando sintió el estallido, la familia asustada corrió hasta Chos Malal y refirió a los padres Bartolomé Panaro y Mateo Gavotto lo que estaba aconteciendo. Salido de madre, el Carrilauquén había volcado millones de metros cúbicos de agua, que, encajonado entre los cerros del Barrancas, pronto inundaría todo el valle del Colorado, de 922 kilómetros, rumbo al Atlántico.

Ambos sacerdotes, residentes allí, sabían que lejos, casi en la boca de este río, estaba enramblado el Colegio de San Pedro, en Fortín Mercedes, y acto seguido se preocuparon de telegrafiar a su director y fundador, padre Pedro Bonacina. El mensaje, con carácter de urgente, rezaba así:

“Anteanoche reventó laguna Carrilauquén. Enorme avenida de agua arrasa valle del río. Asegúrese. **Panaro.**” (34)

Este telegrama providencial —recalca Martinengo— fue la única noticia para el mundo civilizado de lo que estaba sucediendo en la lejana Cordillera.

No hubo pérdida de tiempo. Bonacina derivó el telegrama al jefe de estación de Pedro Luro. Entonces se estaba construyendo la línea férrea de Bahía Blanca y Stroeder. En esta forma anoticiada la Gerencia de Ferrocarriles, puso en alarma a quienes competía.

La policía pudo alertar, con la buena voluntad de algunos gauchos, a los pobladores del valle medio e inferior, para que escaparan hacia las bardas. En efecto, las aguas arrolladoras llegaron al pueblo de Buena Parada —hoy Río Colorado— el 4 de enero de 1915.

4. La riada no encontró desapercibido al padre Pedro, quien acababa la misa en la mañana de ese trágico 31 de diciembre.

Nota que el río se tornaba negro. Vienen bogando basuras, y la espuma remolinea como haciendo remansos. Sus oídos perciben los trinos y algazara de los pájaros ocultos en el pichinal, mientras las alimañas ganan la lomada, buscando tierras altas.

El gran cambio de que se viene la creciente lo comenta con don Pedro Astiasso. Mucho le valdrá el impulso interior que siente en su alma: salvar lo más importante, las vidas humanas.

Después de ayudar a su tocayo, antes que las aguas invasoras arreen con todo, trata de salvar las madres con sus criaturas de pecho. Pero quiero destacar lo que me han dicho algunos sobrevivientes.

Mientras va en busca de sus caballos, siente música en un rancho. No titubea; se enfrenta con el organizador del baile, y apurado le advierte que ya había signos de la creciente, que no había tiempo que perder. Este, robusto y engreído, lo insulta y reta a duelo:

—¿Qué tiene que ver usted con nosotros? ¡Cura haragán! ¡Déjenos en paz! —y saca a relucir su facón—.

El Misionero se hizo cargo del desafío con ambos brazos pendientes a sus flancos diestro y siniestro, y él dice:

— Escuche... Como sacerdote, recibo su ofensa según Dios me lo tiene ordenado; pero además soy un hombre, y como hombre lo agarro con estas dos manos, porque usted es un sinvergüenza...

Las manos del Cura, más expeditas que su lengua, ya lo tenían asido, hasta que todos salieron, asustados por la fuerza del hombre de hierro. (35)

El padre Martinengo ya no pensó más que en salvarse. Vuelto con sus dos caballos, trata de engancharlos al sulqui, para emprender la retirada a la barda, cuando vino una enorme avalancha que le arrebató todo lo que tenía.

Providencialmente, para flotar encuentra un tronco de sauce; luego, otro más grueso, y se deja arrastrar. Gracias a estos dos escarbidentes, como decía jocosamente el Padre cuando contaba el episodio, pudo sobrevivir. (36)

En su compañía nadaban vacas, caballos y ovejas que mugían, relinchaban y balaban, armando una música endiablada, mientras él sólo se acordaba de invocar a Dios y a María Auxiliadora.

Al final pudo echar anclas en un montículo que emergía del as aguas, y de allí contando un caballo en pelo, enderezó hacia el Colegio de San Miguel. ¡Es de



*El Padre Pedro se salva invocando a María Auxiliadora en la inundación del Colorado*

imaginarse en qué estado llegaría! Era la tarde del primer día del nuevo año, y el padre Martinengo decía que para él comenzaba una vida nueva.

5. Antes de transcribir el relato personal que hace el padre Martinengo, protagonista entre muchos sobrevivientes en la inundación del Colorado, él nos brinda estos datos. Escribe el padre Milaneseo:

“... Frente a Chimpay está Santa Nicolasa, sobre el Colorado. El agua cubrió seis leguas de ancho. Conozco de muchas familias que desaparecieron por completo. Entre otras, la de José Cayupán, Sixto Gómez, Venceslao Flores, Hilario Contreras, Fermín Esquerria, Manuel Anchorena, las de Nicolini, Castillo y otras más.

A la derecha del río, en 25 de Mayo, se hallaron 51 cadáveres, y a la izquierda, 62. ¡Cuántos que sólo se hallarán el día del juicio! Cerca de quinientas personas perecieron ahogadas.

La creciente destrozó, además, la campiña en plena producción. La estancia de **Los Ingleses** tenía casi 4.000 ovejas Lincoln, y cerca de 2.000 toneladas de semilla de alfalfa a cosechar... Ni rastro quedó de todo ello.

Los efectos fueron desastrosos en el valle de Chos Malal, por la superelevación de nueve metros en el curso superior, y de tres me-

tros en Fortín Mercedes. Escenas de horror se presenciaron a lo largo del cauce en todo su recorrido. La masa líquida arrasó con plantas, casas, animales, parvas y toda clase de malezas... (37)

Al término de su relato, el padre Milanesio, Martinengo se pregunta: ¿La inundación no será un castigo por tantos pecados cometidos?

La costa del Colorado siempre tuvo puntos oscuros. Había sido refugio de soldados desertores y criminales, fugados de las cárceles de Bahía Blanca y de Viedma. Embrutecidos se habían entregado al robo, las peleas y el desenfreno de las pasiones. El padre Milanesio mismo había sido recibido con insultos por esta gente, que se mofaba de la religión.

Al recordarle esto, termina la carta expresándole: "Hace dos años, me tocó un caso lamentable. Una mujer me dijo no querer tener hijos, siendo que otras tampoco querían criarlos..."

Después de hacer esta confidencia a su padre espiritual en América, se siente responsable él también de los pecados de todos, y al pedir perdón al Señor, descubre que su misión no es tanto la de ser un hombre de Dios para su pueblo, cuanto la de ser un hombre de su pueblo frente a Dios. Sabe que El es infinitamente misericordioso para perdonar, e intercede por él.

6. Ahora, como epítome del suceso, expondremos todo el texto de lo que él publica en **Flores del Campo**. El lector podrá bien observar cómo el padre Pedro, ante el suceso más trascendental de su existencia, llevado por su gran humildad, omite detalles que hemos comentado. Esto es porque era modesto en sus apreciaciones y actos personales. Pero su gran espontaneidad es reflejo fiel de la dantesca escena vivida:

Roca, 6 de enero de 1915.— Era el 31 de diciembre de 1914. Después de celebrar la santa misa y administrar el bautizo a una criatura, al mismo tiempo que me desayunaba bajo la enramada frente al río Colorado, me entretenía hojeando un catecismo con estampas en compañía de don Pedro Astiasso, dueño de la casa donde me hospedaba.

Mientras astisfacía las preguntas que me dirigía este señor, deseoso de instruirse, me llamó la atención ver las aguas del río de color negrusco, que engrosaban en oleadas.

Manifesté mi impresión a mi interlocutor, quien me contestó sin más:

— El río está creciendo mucho.

Impresionado él por las fuertes oleadas de agua, extremadamente sucia, se levantó, se acercó al mismo y exclamó:

— Padre, no hay tiempo que perder! ¡Huyamos!

Aproximándose luego hacia su casa, gritó a la familia:

— ¡Alejémonos de la costa, que el agua nos va a llevar!

A los pocos instantes, un joven peón traía la tropilla. El patrón y yo aprontamos la jardinera y una zorra, cargando sobre ellas los uten-

silios de cocina, una res, las camas y las cosas de más valor que estaban en la casa de negocio. Enseguida, atados los animales a la jardinera y a la zorra, a todo escape se alejaron.

Yo tenía el carricoche preparado para marchar; pero me di cuenta de que el peón, por un mal entendido —causa de mi apresuramiento para salvar la familia—, había arreado mis caballos hacia la sierra. Con toda velocidad galopé hasta la barda, para traerme los dos caballos.

Al ver que el río ya desbordaba, até un solo animal. Mas luego, reflexionando que debía abrirme camino en medio del agua y entre montes y matas, até también al otro, y a la disparada, pues ya el agua cubría los campos ribereños, me puse en marcha hacia Roca.

Repentinamente, por un movimiento brusco del carricoche, se desenganchó el tiro que sujetaba a uno de los dos caballos. Este se empujaba, siéndole imposible continuar la marcha. Salté, entonces, para reengancharlo; pero una ola de agua se me abalanza encima, y cortándonos el paso, nos envolvió a mi, al baquiano y a los animales. Entre tanto, el agua subía y subía, arrastrándose con una violencia tal, que se me hacía imposible luchar, a no ser el apoyo que me prestaban unos troncos de sauce. La situación era desesperante. Me encomendé a Dios, a María Auxiliadora y a mi ángel custodio, mientras trataba de ganar fuerzas y terreno nadando como podía.

El agua en breves minutos creció tanto, que los caballos nadaban en ella... El coche había volcado. Yo no lo quería perder de vista, pues llevaba el altar portátil, las valijas, y los registros parroquiales y civiles. Pero el oleaje lo quitó de mi vista. Al poco rato vi que los caballos habían tropezado contra unos troncos, quedando descabezados. Perdida ya toda esperanza de salvar lo material, me di cuenta del peligro inminente que amenazaba mi existencia; imploré una vez más la misericordia divina, y aferrándome a dos troncos, con los que me sostenía a flote, intenté poco a poco llegar a la orilla del zanjón que formaba la correntada. Pero ésta era tan violenta, que me empujaba aguas adentro, y la fuerza arremolinadora me daba escalofríos, temiendo que me arrebatará uno de los troncos, que eran mi salvación. Tras larga lucha, me acerqué a la loma. Allí esperaba afirmarse y recobrar alientos. Más, ¡ay de mí!..., otra correntada que venía y chocaba con la contraria, me sumerge por unos instantes...

Afortunadamente, ayudándome con los troncos que aún aferraba, me cercioré de que la loma estaba a mi lado, y alcancé a afirmar los pies en terreno seguro.

El Colorado, desbordado, había convertido la loma y los montes en una laguna revuelta de aguas fangosas. Dos veces, al afirmar los pies, me resbalé boca abajo en el agua, pero seguro de tomar tierra. Reanimándome así, poco a poco me arrastré hasta lo más elevado de la loma, fuera de las aguas. La ropa pesaba sobre mi cuerpo como una carga de plomo.

Poco después, echando la mirada hacia el horizonte, se presentó a mi

vista un paisano llamado Marcelino Díaz. Estaba lejos, y lo llamé en mi ayuda. ¡Infeliz de él! Con dolor inmenso me dijo que se habían ahogado en la crecida una hermana suya, y otra mujer con ella. Me faltaban las palabras para reconfortarlo...

metro cada minuto. Yondepe  
no quedó ni un trancho ni una  
cosa de pañe. Fonde se arrastró  
allí. Tuvo' sentido el Río Negro  
y lo metro de ancho en los lla  
de la crecida. Mas arriba la  
habido como treinta metro de  
agua en profundidad, mas arri  
ba ya medio cerca de la gran  
legua de Carrilauquen donde  
rancho y salió la crecida  
habra' habido talvez como  
ta metro de profundidad.

Carta fraccionada del P. Pedro al P. Milanesio dándole datos de la inundación del Colorado.

Espaciando la vista en mi derredor, avisté al peón, que había huído cuando las aguas nos envolvieron. El se acercaba; pero el pobre había sufrido tal espanto, que se le trabó la lengua y no había cómo hacerse entender. Al fin, tartamudeando, me hizo comprender que se ofrecía a llevarme en ancas hasta donde la familia de Astiasso había podido ponerse a salvo.

Agradecí al baquiano el ofrecimiento; pero contesté que prefería seguir a pie, para que se me secaran los vestidos, y también para dominar la tensión que embargaba mi ser.

Aquí me di cuenta de que mi lucha por no zozobrar había durado más de una hora, y a lo largo de una legua. ¡Gracias a Dios que no perecí!

Una hora después me encontraba con la familia de Astiasso. Todos aterrorizados me miraban con sorpresa indecible. Las únicas palabras que atinaban, fueron estas:

— ¡Padre, lo creíamos muerto! Si usted no pereció, ha sido por un milagro.

Observando el río en su crecida, descubrimos que el agua estaba a una altura de cuatro metros sobre su cauce. El agua había aumentado dos metros de altura por hora. Cerca del Carrilauquén, el agua había alcanzado cincuenta metros de profundidad. Este solo dato basta por sí solo para demostrar la horrible tragedia de tantos naufragios personales.

Me ofrecieron un poco de café y prepararon un asado de carne de chiva sin sal. Yo agradecí la atención; pero no tenía disposición para comer. Manifesté mi intención de emprender enseguida el viaje de regreso a General Roca, para tranquilizar a los superiores y Hermanos, que estarían angustiados por mi.

Con una riendita, único objeto que me había quedado en los bolsillos durante el naufragio, hice un par de bozales, y a las dos de la tarde del mismo día emprendí viaje a San Miguel, llegando al Colegio a la misma hora del día siguiente, después de un recorrido de 23 leguas, cabalgando sin recado, ni cosa parecida que lo supliera. Puede esto dar una idea de en qué estado llegaría. Esta es la narración lacónica de lo que me sucedió...

Reconozco la intervención extraordinaria de la Divina Providencia, que me sacó salvo de las aguas aterradoras y que arrastraron tantas vidas, y no cesaré en mi vida de agradecer a María Auxiliadora su protección. Por lo dicho se comprende que todo lo he perdido: coche, caballos, valijas, altar portátil, las actas de 85 bautismos y las inscripciones de referencia en el registro civil.

Plugüera a Dios inspirar a algún alma caritativa que cuente recursos de dinero, acudir en ayuda de los misioneros. Por lo menos, valiera esta sencilla relación para despertar sentimientos de piedad y amor por nuestra religión.

Mi residencia presente es en Roca, Colegio de San Miguel, donde espero auxilios para reanudar la larga gira de misión en Río Negro, interrumpida por la irrupción de las aguas del Colorado.

**P. Pedro Martinengo.** (38)

Para cerrar el capítulo, añadiré que la comunidad salesiana en pleno acogió con cariño al padre Pedro; oyó de su boca el relato de lo que le había ocurrido, y encargó a las buenas Hermanas del Colegio de María Auxiliadora una sotana, porque la única que tenía, se la habían arrebatado las aguas.

Todo lo narrado es historia pura. El padre Luis J. Pedemonte escribía en el libro del Colegio de San Miguel:

La riada nos destruyó la Misión de Barrancas y de Río Colorado, amenazando arrebatarnos el querido padre Martinengo, que, arrollado por las aguas y arrastrado por más de una legua río abajo, se salvó milagrosamente invocando a nuestra bendita Madre María Auxiliadora...

“Perdió el coche y los caballos; pero si en tan terrible trance no perdió la vida, se lo debemos a la visible protección de María Auxiliadora”, vuelve a remarcar en otro informe el Inspector salesiano, en el mismo libro de visitas del San Miguel. (39)